

Intimidad: lo dramático y lo bello en el encuentro y desencuentro con el otro¹

Ruggero Levy²

*Aun cuando nuestro conocimiento comienza **en** la experiencia, no por eso todo el se origina justamente **de** la experiencia.*

(Kant, 1787, negritas del autor).³

Introducción

Agradezco la invitación a este espacio privilegiado para exponer mis ideas sobre un tema tan relevante para el psicoanálisis. La API y su Comité de Programa no podrían haber elegido un tema más apropiado, dada su centralidad en la vida humana, en la cultura y en el psicoanálisis. En mi presentación, me centraré en el significado psicoanalítico de la experiencia de intimidad, su metapsicología, los aspectos clínicos y las defensas que se alzan contra esa intimidad y sólo mencionaré tangencialmente la cuestión cultural.

Mi pensamiento psicoanalítico se basa fuertemente en Freud, Klein, Bion, Meltzer y Winnicott y estoy muy cercano a autores con-

¹ Ponencia para el 50° Congreso de la API en Buenos Aires, julio de 2017. Las citas en español son traducciones libres de los textos en portugués, excepto cuando se menciona la fuente del texto traducido.

² Psicoanalista, miembro de pleno derecho y analista de formación de la Sociedad Brasileña de Psicoanálisis de Porto Alegre (SBPdePA).

³ N. de la T.: Cita extraída de: <http://www.ataun.net/bibliotecagratuita/Cl%C3%A1sicos%20en%20Español/Inmanuel%20Kant/Cr%C3%ADtica%20de%20la%20raz%C3%B3n%20pura.pdf>

temporáneos como Ferro, Ogden, Civitarese, Barros & Barros, Hartke, Aisenstein, Cassorla, Levine e Ithier, que han causado un impacto profundo en mi forma de trabajar y teorizar sobre el psicoanálisis y que, ciertamente, estarán en el trasfondo de las ideas que presentaré aquí aun cuando no los cite explícitamente. Me gustaría también expresar mi inmensa gratitud a mis pacientes y analistas, con quienes aprendí realmente lo que es el psicoanálisis.

Estudiar y escribir sobre Intimidad en psicoanálisis nos hace regresar a lo que quizás sea lo más intrínsecamente humano, pues desde que salimos del vientre materno, dejando atrás la mayor experiencia de habitar y compartir el cuerpo de otro, en realidad nunca dejamos de buscar, en nuestra vida, esa reconfortante calidez de un vínculo íntimo con otro ser humano, un camino descrito tan magníficamente por Eizirik (2016). En otras palabras, la búsqueda (o la huida, en la patología) de vínculos íntimos acompaña la vida humana, ya que, como lo observó Bion, “el ser humano es un animal que depende de un par” (1980, p. 95).

Durante esa búsqueda, el cuerpo, sin duda, desempeña un papel central en la experiencia de intimidad a lo largo de todo el ciclo vital. Además de habitar el cuerpo de la madre durante el embarazo, el sujeto humano continúa compartiendo la intimidad del cuerpo de la madre tras el nacimiento, al alimentarse de ese cuerpo y en ese cuerpo. Además, primitivamente, la madre ayuda al bebé a conocer su propio cuerpo y a construir una imagen de ese cuerpo y de sí mismo como sujeto y, así, iniciar un contacto íntimo consigo mismo. La familiaridad y la intimidad con el cuerpo propio tendrán que reconstruirse en la adolescencia y también durante la vejez, cuando el cuerpo se debilita e inevitablemente se deteriora.

Respecto a la sexualidad, tanto en la adolescencia como en la edad adulta, el cuerpo, una vez más desempeña un papel esencial en la búsqueda de la intimidad sexual entre los amantes y entre las parejas, en la búsqueda del placer, de la calidez del afecto y de la procreación. En mi opinión, ese ciclo se cierra cuando los papeles se invierten y los hijos, con gratitud, asisten a sus padres ancianos, incluso por medio de cuidados corporales, convirtiéndose en padres y madres de sus padres.

La vivencia de intimidad es una experiencia emocional. Pienso que escribir sobre este tema nos sitúa en la corriente psicoanalítica que se ha propuesto estudiar la emocionalidad humana.

Permítaseme hacer una digresión. La mente humana es quizás uno de los sistemas más complejos del universo y, en su intento por comprenderla, el psicoanálisis, en sus casi 120 años de existencia, creó varios modelos teóricos procurando dar cuenta de dicha complejidad. Posiblemente, ninguno de esos modelos por sí mismo logre abarcar el universo de la mente humana. Que nos identifiquemos más con uno de ellos no significa que pretendamos invalidar los demás; creo, incluso, que en la práctica psicoanalítica podemos transitar por varios, dependiendo de la situación clínica. Por medio de ilustraciones clínicas, espero poder mostrarles claramente la forma cómo pienso y trabajo la intimidad en la sesión.

Bion situó la experiencia emocional, la emocionalidad humana y su simbolización en el núcleo de la expansión de la mente. Si, para Freud, la libido impulsa el desarrollo del psiquismo, Klein señaló como locomotora del desarrollo al sadismo (Petot, 1991). Fue entonces cuando apareció Bion afirmando que las experiencias emocionales amorosas (amor) o agresivas (odio) sólo conducirían a la expansión de la mente si estuvieran subordinadas al conocimiento (K), o sea, si dichas experiencias se pudieran conocer y pensar (Bion, 1962; 1965; Barros & Barros, 2002; 2008; Hartke, 2007; Levy, 2012b; 2015b). Según esa concepción, el vínculo K tendría casi el estatus de una pulsión. Como consecuencia de ese abordaje, aunque se considere que las pulsiones de vida y muerte y sus derivados permanecen como telón de fondo, la atención empezó a centrarse en las emociones vividas en el encuentro con el objeto, en las relaciones con los objetos y sus destinos.

¿Cómo se maneja la emoción? ¿Se contiene y simboliza? ¿Se evacúa? ¿Su significado se falsea? ¿Se simboliza y, posteriormente, se ataca y destruye su símbolo?

Me baso en Meltzer (1986) para afirmar que el desafío del psicoanálisis es transformar la naturaleza de la relación analítica, inicialmente contractual, en una relación íntima. Según Meltzer, en la vida humana se dan básicamente tres tipos de relaciones: ocasionales, con-

tractuales e íntimas. En las dos primeras clases funcionamos de un modo operativo, adaptativo, protomental y mecánico, llevando a cabo actividades para las que nos hemos entrenado y que repetimos automáticamente. La situación es diferente en las relaciones íntimas, relaciones que implican experiencias emocionales, que pueden conducir a la expansión de la mente, al crecimiento mental, a través de un trabajo prolongado de continencia y simbolización de las emociones en curso. Ahora bien, debemos conceptualizar en qué consisten los momentos verdaderamente íntimos en la relación analítica dentro del campo relacional generado en dicha relación (Baranger, 1969b; Ogden, 1994), puesto que, como veremos más adelante, no todos los momentos serán de experiencias de intimidad entre el analista y el paciente.

Antes de continuar, quiero aclarar que cuando me refiero a la relación analítica, entiendo que queda incluido el concepto de transferencia concebido por Freud (1912), como reminiscencias del pasado y fruto de las identificaciones (1923) y por Klein (1952) como externalización del mundo interno. Se incluyen también los conceptos de contratransferencia de Heimann (1949) y Racker (1960). Por otra parte, pienso que los conceptos de campo analítico (Baranger, 1969) y de tercero intersubjetivo (Ogden, 1994) muestran que las vivencias transferenciales y contratransferenciales de una determinada dupla analítica generan algo nuevo, la fantasía de campo compartida y del tercero analítico.

Asimismo, espero poder discurrir sobre esa experiencia tan subjetiva e íntima sin perder de vista su riqueza y sutileza para no reducirla a un mero tecnicismo. En la medida en que sea posible, también me propongo enfrentar la limitación inevitable del lenguaje para describir situaciones emocionales complejas y profundas.

Intimidad y la dimensión estética del psicoanálisis

Mientras escuchaba al arquitecto, paisajista y poeta Paul Andreu (2016) hablar sobre la relación entre la luz y los materiales en una obra arquitectónica en el Congreso de psicoanalistas francófonos de

2016, me acordaba de la relación analítica. Andreu dijo que era necesario que existiera una “dansidad” entre esos elementos, una posibilidad de luz para que los materiales bailaran entre ellos, interactuaran, se interpenetraran, para que de allí pudiera surgir algo vivo. Me recordó también a nuestra relación con los pacientes, cuando, al referirse a su proceso creativo, Andreu subrayaba la importancia de la dimensión temporal, de dejarse inundar, sumergirse y, de repente, descubrir que algo emerge; “ahí es donde se encuentra la verdad”, afirmaba (Andreu, 2016). Eso es lo que ocurre en la relación analítica. Necesitamos tener esa “dansidad” con nuestros pacientes, tener con ellos una interacción viva para dejarnos sumergir en la experiencia emocional con ellos, es un estado mental más cercano a lo onírico que al proceso secundario, acogiendo sus comunicaciones de todos los tipos, para así emerger, gracias a nuestra función analítica, y para que nazca algo vivo, una nueva comprensión que diferencie a analista y analizante (Levy & Ithier, 2013).

La obra de Bion (1962; 1963; 1965; 1970) trata justamente del proceso de conocer la “verdad” de las emociones vividas en los vínculos humanos, en los que la emoción es el elemento de unión. ¿Cómo establecer contacto y conocer (K) lo que ocurre en la propia mente o en la mente del otro? ¿Cómo nace un nuevo pensamiento a partir de la experiencia emocional compartida en el vínculo con el otro? ¿Cómo acercarse a la “verdad” del otro o de sí mismo? Entendiendo la verdad como enigma, inminencia de revelación (Ungar, 2000).

La palabra “íntimo” proviene del latín “*intimus*”, que es el superlativo de “dentro”, designando, así, lo que estaría más adentro. Por consiguiente, la intimidad implica tener contacto con el mundo interior propio o del otro. Bion habla de “convertirse en el otro” en el sentido de llegar lo más cerca posible a la experiencia emocional del otro, en lugar de “ser el otro”, lo que implicaría perder la propia identidad (Grotstein, 2005a). Él retrató el fenómeno de la intimidad consigo mismo o con el otro de una forma que jamás se había hecho anteriormente (Grotstein, 2005b). “*Él transformó el psicoanálisis en una práctica sobre la obtención y la experiencia de la intimidad*” (Grotstein, 2005b; p. 325).

Bion (1962) realizó otra contribución esencial para la comprensión de cómo se procesan los intercambios intersubjetivos al modificar el concepto seminal de identificación proyectiva de Melanie Klein (1946). Al describir la identificación proyectiva realista con fines comunicativos, Bion efectúa un gran salto teórico con respecto a las conceptualizaciones de Klein. Para Bion, tanto el bebé como el ser humano en general pueden comunicar sus emociones al otro proyectándose inconscientemente en el otro, sin escindirse en demasía.

Debido a sus múltiples implicaciones, la descripción y la conceptualización del proceso de comunicación de emociones brutas a través de la identificación proyectiva, la acogida y la transformación simbólica de esas emociones por el objeto, tuvo un efecto revolucionario en el psicoanálisis. El primero, es que la subjetividad del bebé se constituye y/o experimenta una ampliación por la mediación de la subjetividad de la madre y de sus funciones psíquicas, al mismo tiempo que la subjetividad emergente de la madre es constituida por la del nuevo bebé. Una segunda consecuencia, directamente relacionada con la primera, es que el objeto se eleva a un nuevo estatus, pues se le atribuyen funciones que constituyen y amplían la subjetividad del sujeto. La tercera –junto a los aportes winnicottianos que abordaré más adelante–, lanza al psicoanálisis definitivamente al paradigma de la complejidad (Prigogine, 1996; Morin, 1996).

Ese movimiento también incidirá en el modo de comprender la intimidad dentro del proceso analítico, puesto que podemos afirmar que al igual que la madre tiene acceso a la vivencia subjetiva íntima del bebé, permitiendo que su hijo se “conozca” a sí mismo, el analista puede compartir la experiencia emocional con su paciente, conocerla y ayudarlo, de esa forma, a conocerse a sí mismo, lo que abre todo un nuevo camino en el psicoanálisis que dice respecto a su dimensión intersubjetiva e inaugura un nuevo modelo psicoanalítico, el modelo transformacional (Ogden, 2012; Ferro, 1998; Levine, 2012; 2016). En este modelo, la noción de campo analítico de la pareja de investigadores Baranger & Baranger (1969a; 1969b), desarrollada por Ogden (1987), Ferro (1998), Cassorla (2010) y otros, asume un espacio central.

Winnicott también aporta contribuciones esenciales para la com-

preensión de la constitución del sujeto en la relación intersubjetiva con el otro, abordando dicha relación desde la dinámica de la presencia/ausencia del otro (Winnicott, 1967).

Mencionando la influencia lacaniana, Winnicott (1967) afirma la importancia del otro, inicialmente la madre, en la constitución del sujeto. Winnicott señala que el rostro de la madre es el precursor del espejo. Con mucha riqueza, comenta que los bebés se ven a ellos mismos al mirar el rostro de su madre y acuña esta frase lapidaria: “Cuando miro soy visto, luego existo” (p. 157). La madre que logra “mirar” a su bebé comienza a asemejarse a lo que está viendo. La sensación del bebé cobra significado en el rostro de la madre. Es en ese interjuego, que consiste en mostrarse y ser visto, que se construye la imagen que el sujeto tiene de sí y que constituirá la “verdad” sobre sí mismo. Eso equivale a decir que en las relaciones humanas íntimas nos vemos a nosotros mismos, encontramos nuestra “verdad” en el rostro de los otros. Winnicott también añade que los bebés cuyas madres no logran mirarlos no se ven a sí mismos cuando miran a su madre. Es por eso, que apreciamos la importancia de los aportes de Winnicott y Bion cuando pensamos en el psicoanálisis desde la complejidad de la constitución del ser humano. Junto con las contribuciones de esos autores ingleses, que establecieron una sólida base metapsicológica para la dimensión intersubjetiva del psicoanálisis, la teoría del campo analítico de Baranger & Baranger (1969a; 1969b) reforzó aún más la comprensión de lo que pasa cuando dos sujetos –con sus subjetividades– se encuentran en el consultorio analítico.

Ogden (1994) enriquece esa noción winnicottiana señalando que, cuando el niño se ve en el rostro de su madre, se crea una dinámica de existir/no existir en la cual la madre, al mismo tiempo que reconoce y se identifica con el estado interno del bebé, desaparece y permite que el bebé se vea a sí mismo como un Otro. El bebé se pone, por lo tanto, en lugar de su madre y se ve a sí mismo como un otro.

Como vemos, la proximidad y el contacto de dos subjetividades por medio de un vínculo cargado de emociones constituyen un proceso complejo y paradójico. Por un lado, están los intercambios mencionados anteriormente, vías de comunicación *entre dos sujetos*, pero,

simultáneamente, también es necesario convivir con la idea de que, en definitiva, el interior del otro es inalcanzable, inaccesible. Por eso Meltzer (1971) llega a afirmar: “La enorme soledad solipsista que sufre el ser humano radica en la imposibilidad de saber, de realmente sentir, las emociones de otro ser humano” (p. 186). Sólo podemos conjeturar, con gran esfuerzo (Meltzer, 1988), establecer contacto a través de nuestra ensoñación o de nuestra intuición (Bion, 1962; 1965; Ogden, 2005; Ferro, 1995; 1998; Civitarese, 2014; 2015), de nuestra empatía (Bolognini, 2008; 2016), de nuestro trabajo en doble (Botella, 2002), abriendo nuestras mentes para intentar acoger algo de la subjetividad del otro.

André Green (1975), junto con Botella & Botella (2002) y Roussillon (2002), entre otros psicoanalistas franceses, se unía también a la corriente psicoanalítica que buscaba comprender el proceso del crecimiento psíquico a partir de los intercambios entre paciente y analista. En 1975, por ejemplo, escribió textualmente: “el objeto analítico real no está del lado del paciente ni del analista, sino en el encuentro de esas dos comunicaciones, en el espacio potencial que está entre las dos, limitado por el contexto (encuadre), que se interrumpe en cada separación y se reconstituye en cada reencuentro” (p. 54). Desafortunadamente, por una cuestión de tiempo y espacio, no podré extenderme en las consideraciones sobre estos ricos aportes.

Pero, volviendo a la importancia de la emoción en el encuentro con el otro y su centralidad en la tarea del conocimiento, Meltzer describe en varios trabajos (1971; 1986; 1988) no sólo el encanto y el deslumbramiento producidos por ese acercamiento, sino también el temor y la angustia. Este autor considera que el contacto con el objeto es una experiencia estética en la medida en que su significado y naturaleza son indicados por las intensas emociones y sensaciones que despierta y no por la razón.

Un hermoso bebé común mira intrigado y fascinado, seducido y encantado a su hermosa madre común. La pasión y la sensualidad emanan desde ambos lados de la relación. Él, el bebé, el príncipe, es mirado con amor, miedo, irritación, sensualidad y misterio por la majestuosa madre. Y ella, majestuosa hada, de la misma forma, es mi-

rada, admirada, temida, deseada, amada y odiada por el maravilloso bebé común, encantado por la belleza del hada, que lo colma de sensaciones y bombardea su sensorialidad, pero intrigado también por el misterio de su interior, inaprensible por sus sentidos (Meltzer, 1988). Ese es el conflicto estético.

Meltzer sitúa el conflicto estético como punto de partida del desarrollo humano, postulando que ese conflicto se mantiene durante toda la vida como un elemento imprescindible para el crecimiento mental. Desde esa perspectiva el pensamiento creativo se constituye en el esfuerzo para dar representación simbólica a la intensa experiencia emocional desencadenada por la presencia del “otro” y por lo enigmático del interior intangible de ese otro. La presencia del objeto y su misterio ponen a la mente a trabajar, a crear formas simbólicas que representen algo de la experiencia emocional. En otras palabras, ese elemento dual, por un lado, una presencia intensamente rica en estímulos sensoriales y, en consecuencia, bella, arrebatadora, y, por otro lado, el misterio que emana del carácter inalcanzable, inaccesible, del interior del objeto, es esencial para el desarrollo de la imaginación especulativa y del pensamiento creativo. Esto sería una función poética de nuestro inconsciente (Meltzer, 1986; Civitarese, 2014) en el sentido de que crea imágenes que, en la medida de lo posible, contienen la emoción del encuentro con el otro. En otras palabras, si esas emociones son intolerables, podrán ser evacuadas de la mente a través de la acción, la identificación proyectiva defensiva, en el cuerpo o las alucinaciones.

La virtud de la situación analítica es proveer un terreno para expresar el lenguaje de la emocionalidad vivida por analista y analizando en una relación íntima. La convergencia del material onírico y la experiencia emocional directa en la transferencia y el proceso de construcción-reconstrucción de las relaciones pasadas retan al paciente y al analista a encontrar formas verbales precisas que describan la experiencia de comprender y de ser comprendido (Meltzer, 1971). Y esa posibilidad de tener conciencia de sí mismo y de la experiencia compartida depende en gran medida de la sinceridad con que el sujeto es capaz de tener, aceptar, contener y reconocer la emoción

que está experimentando. Evidentemente, lo mismo ocurre en la mente del analista. La posibilidad de tomar conciencia de la experiencia emocional en curso durante la sesión depende de su apertura mental para acoger las emociones compartidas, su capacidad continente y su sinceridad, pero también del cansancio del analista, del tipo de transferencia, de la tensión personal, etc. (*ibidem*).

Este planteo, que sitúa a la emoción en el centro —y como vínculo— de la experiencia subjetiva entre dos sujetos y el inconsciente, cuya tarea poética es construir imágenes fecundas de significado que transmitan esa emocionalidad, constituye la dimensión estética del psicoanálisis, como ha sido tan hábilmente descrita por Virginia Ungar (2010) en el trabajo que propone el modelo estético del psicoanálisis.

¿Es posible definir un gradiente de intimidad?

En un intento de proporcionar una mayor precisión a la caracterización de las experiencias íntimas, quizás podríamos definir un espectro de experiencias de relaciones de objeto —e incluso de la relación consigo mismo—, que iría de un extremo en el que se situaría un sujeto en un estado mental de aislamiento autista al opuesto donde encontraríamos a un sujeto en un estado mental de fusión narcisista, atravesando un gradiente de experiencias íntimas. Propongo el siguiente diagrama, inspirado en Meltzer y Bion:

Aislamiento autista ↔ ... Intimidad... ↔ Fusión narcisista

En este diagrama, con sus flechas de doble sentido, sugiero que hay una oscilación dinámica entre esas varias posiciones y que en las relaciones humanas transitamos por estados mentales en los que estamos más o menos disponibles para relaciones íntimas. También propongo que podremos tener grados diferentes de intimidad con el otro y con nosotros mismos. Esto no excluye la posibilidad de que, en situaciones patológicas, por ejemplo, se pueda pasar directamente de un estado de fusión narcisista a un desmantelamiento autista, dependiendo de la ansiedad y de las defensas en juego, o fijarse en uno de los extremos.

Como lo señalaba Bion, el encuentro de dos subjetividades provoca una tempestad de emociones que exige un inmenso esfuerzo por parte de la mente. La variedad de emociones es casi infinita: pasión, amor, odio, deseo erótico, deseo de conocer, envidia, miedo, culpa, ansiedad de separación, miedo al rechazo, desprecio, atracción, repulsión, admiración y podríamos continuar intentando nombrar emociones *ad infinitum*. Las defensas contra las emociones intolerables pueden distribuirse por el mismo espectro ilustrado en el diagrama que presentamos antes. Pueden abarcar desde defensas autistas y la desmentalización resultante (Korbivcher, 2001; Civitarese, 2015) hasta estados narcisistas con sus relaciones de objeto omnipotentes y narcisistas en las que el sujeto, por medio de la identificación proyectiva intrusiva, se apropia del otro o lo utiliza para evacuar sus propios aspectos indeseables (Meltzer, 1973; 1992; Rosenfeld, 1987). En ambos extremos, los límites del *self* se borran o se pierden, así como se pierde la noción de alteridad junto con la posibilidad de tener experiencias de intimidad. Podríamos también suponer que, para poder tener una relación íntima consigo mismo, para conocer su propio interior, el sujeto no puede estar en un estado de funcionamiento mental en el que predominen las defensas autistas o proyectivas, puesto que ambas impiden el contacto del sujeto con su vida emocional.

Para que haya una genuina experiencia de intimidad en una relación de objeto, parecería necesario que ambas partes de la relación analítica, además de tener capacidad de sinceridad en cuanto a las emociones experimentadas, mantengan los límites del *self* y la noción de alteridad (Minerbo, 1993) para que el sentido de identidad no se vea excesivamente afectado. Las variaciones en la intimidad no están relacionadas a la intensidad del dolor psicológico, sino al grado en que es aceptado (Meltzer, 1971). Desde la perspectiva del conflicto estético, la intimidad se podría definir como la capacidad de tolerar la turbulencia provocada por la presencia del objeto, sin evadirse del contacto de forma autista ni fundirse omnipotentemente a través de identificaciones proyectivas intrusivas.

En el encuentro analítico, el problema, al menos al principio, es que el analista se enfrenta con pacientes, que, para defenderse del su-

frimiento, se han entregado a organizaciones narcisistas o presentan identificaciones patológicas. El desafío consistirá en descubrir cómo transformar ese encuentro en un encuentro íntimo. Analista y analizando deberán tener suficiente coraje para enfrentarse al inevitable dolor psíquico que surge cuando se proponen establecer un contacto íntimo y sincero. El análisis es un proceso de descubrimiento, impulsado por el inconsciente del paciente, pero también por el nuestro. Contamos con la ayuda de nuestros objetos internos, todos aquellos con los cuales tuvimos relaciones profundas, nuestros objetos originales, nuestros analistas, supervisores, pacientes y también con el método y el encuadre analítico internalizados, con nuestras teorías, y nos entregamos a ellos creyendo que nos ayudarán cuando sea necesario.

Ahora bien, el intenso contacto emocional de un análisis es con frecuencia doloroso también para nosotros, lo que hace que nos resistamos. Si tenemos la disponibilidad, valentía, coraje y sinceridad necesarios, en un estado mental cercano al onírico, a partir de la experiencia emocional consciente e inconsciente con el paciente, se podrán sentir intuiciones o, en el inconsciente del analista, podrán presentarse las imágenes, metáforas o palabras que mejor contengan la experiencia emocional vivida; o puede ser también que el analista tenga que producir esos elementos oníricamente por medio de su capacidad de soñar. Es ahí donde se encuentra, yo creo, la creatividad del psicoanalista.

Los tiempos de la intimidad

Como hemos visto, el encuentro íntimo, fundado en la emoción entre dos sujetos, es un fenómeno rico, complejo y constituyente del ser humano. Me gustaría aumentar la lupa que estamos utilizando para describir la experiencia de la intimidad en el campo analítico, sugiriendo que tratemos de seguir, sólo para fines de estudio, los tiempos en los que se desarrolla la intimidad, puesto que el proceso, en la práctica, es mucho más complejo e inefable.

La experiencia íntima con uno mismo puede asustar, puesto que,

por un lado, acerca el sujeto al vacío infinito, desconocido, de su inconsciente (Bion, 1965). Por el otro, en el caso de la experiencia analítica, con frecuencia pone al sujeto en contacto con deseos y fantasías proyectadas, reprimidas, desplazadas y rechazadas, procesos defensivos ampliamente descritos por Freud, Klein y numerosos autores de psicoanálisis. Por ese motivo, el sujeto se resiste a ser él mismo, a vivir su realidad última, que Bion denominó O (1965).

En este contexto, el objetivo del trabajo analítico, de la interpretación, es ayudar al paciente a devenir él mismo. Podría decirse que cuando el paciente puede llegar a ser él mismo, está pudiendo tener una experiencia de intimidad consigo mismo, un contacto íntimo consigo. Esta experiencia emocional, justamente por ser intolerable, a menudo no está simbolizada o está débilmente simbolizada, escindida y ha sido eliminada de la mente, ya sea por medio de la identificación proyectiva, por puestas en acto con fines de evacuación (Levy, 2012a; Ruggiero, 2007), o, incluso, mediante la somatización (Bion, 1962b; Aisenstein, 2004; 2009).

No obstante, en el campo analítico, esa experiencia emocional intolerable al principio para el paciente, para poder ser reconocida, comprendida y posteriormente elaborada (Rocha Barros, 2002; 2008), necesita existir, evolucionar en algún continente, como lo ha descrito de forma brillante Ogden en varios trabajos (1994; 2005) y también Ferro (1998; 2011), entre otros. Si el analista está disponible y puede contenerla, la emoción mental rechazada por el paciente, pero presente en el campo o identificada proyectivamente en el analista, podrá evolucionar en el propio analista. El analista “se tornará” así la emoción del paciente, o en la emoción generada en el campo por el encuentro entre los dos –en el sentido de que su subjetividad sea tomada por estas emociones–, lo que le permitirá conocerlas íntimamente. En este momento, tal vez podamos decir que el analista está teniendo una experiencia de intimidad con algún aspecto del *self* del paciente. Sugiero que ese podría ser uno de los momentos del proceso de intimidad.

Como lo ilustraré a continuación, el analista, al acoger las identificaciones proyectivas del paciente, experimenta hasta cierto punto una

negación de su propia individualidad, como si dejara de ser él mismo, para “convertirse” en lo que el paciente no está pudiendo ser en aquel momento.

Se espera, no obstante, que en un segundo tiempo de la intimidad el analista pueda recuperarse a sí mismo, recobrar su capacidad de pensar, su función analítica y transformar aquella experiencia en una comprensión que será un “objeto analítico” (Ogden, 1994; p. 86), un portador de sentido psicoanalítico producido intersubjetivamente. Sin embargo, muchas veces, el analista es simplemente arrastrado a funcionar de una cierta manera por las identificaciones proyectivas, perdiendo su capacidad de ensoñación y transformación en alfa y puede incluso, en algunas situaciones, depender del paciente para recobrar esa capacidad. Considero que esta situación del análisis de Bob ilustra bien lo expuesto.

En una de sus sesiones, Bob, un paciente bastante competitivo y antagonista, me estaba hablando del trío tan espectacular que él, su mujer y su hija pequeña formaban y que él consideraba superior a otras familias. ¡Ellos eran padres maravillosos y su hija era simplemente fantástica! Esto me irritó, me pareció pedante y exhibicionista, esos padres estaban creando una situación de “como si” y yo pensaba “pobre niña”... De pronto, me sorprendí discurriendo sobre el desarrollo infantil, sobre las necesidades de los niños, del primer hijo, etc., a partir de mi experiencia de atención a niños y adolescentes, con una vivencia de *¡voy a ponerlo en su lugar!* Al día siguiente, Bob, que, a pesar de tener casi mi misma edad, se dirige a mí utilizando el pronombre formal “usted” (*o senhor*, en portugués), lo que no es común en Brasil, me relata el siguiente sueño: “He soñado con usted (*sonhei com o senhor*)...” Yo al principio no estaba seguro de si se refería a mí o a Dios (en portugués, “*o senhor*” puede significar bien “el Señor/el señor” o “usted”). “...con la sesión de análisis... iba a decir ‘con la sesión de juicio’... Lo veía a través de su sombra proyectada en la pared; pienso que hay alguna alusión al mito de la caverna de Platón. Lo vi a usted quitándose su ropa de analista, que era una toga, y poniéndose ropa de hombre común; y me dijo: ‘Bob, basta, ¡vamos a acabar con esta situación!’ Yo sabía que usted se refería a mi pelea crónica

con mi hermana y que usted pensaba que yo, por capricho, no quería terminarla. Pero al mismo tiempo estaba asustado, pensando que lo que usted quería acabar era el análisis”. Bob hizo varias asociaciones, pero para lo que nos interesa hoy, me di cuenta de que él había podido soñar lo que yo había puesto en acto el día anterior: había dejado de ser su analista, había abandonado la actitud analítica y él lo había sentido como un abandono, una renuncia de mi parte a analizarlo en función de su antagonismo. De hecho, en lugar de acoger y transformar sus identificaciones proyectivas durante esa sesión, tuve un *enactment* (Cassorla, 2010; 2014), poniendo en acto un conjunto de emociones brutas que habían invadido nuestro campo relacional, compitiendo con él y mostrándome lleno de “saber”. En aquel momento había perdido mi encuadre interno, que se pudo restaurar por la *rêverie* de Bob y mi comprensión del sueño. En aquel momento, fue Bob quien pudo soñar las emociones brutas de nuestro vínculo.

Avanzando en la descripción de la experiencia de intimidad, sugiero un nuevo momento: si se juzga que el paciente ya tiene condiciones de contener esa parte del *self* proyectada, el analista podrá interpretarla para que el paciente pueda vivirla y recuperar, así, parte de su subjetividad perdida.

También imagino otra situación en la construcción de la experiencia de intimidad, pues, dependiendo de cómo se desenvuelve el trabajo de analista y analizando, si continúan evolucionando en la experiencia emocional presente en el campo analítico, aprendiendo sobre ella y experimentándola, sin identificaciones proyectivas excesivas, pueden vivir una experiencia de intimidad compartida. Esta experiencia es la que quizás podría llamarse una “verdadera experiencia íntima”, si podemos darnos esa libertad con el lenguaje, puesto que se trata ahora de dos sujetos, separados, que conservan sus sentidos de alteridad, cada uno siendo él mismo, pero compartiendo una experiencia emocional presente en el campo analítico.

Entiendo que podrá haber un tiempo más en la experiencia de la intimidad al que llamaría *intimidad diferida*. Después de que el analista ha acogido la emoción, las fantasías o pensamientos salvajes (Bion, 1997) a través de su propia ensoñación, permitiéndoles evolu-

cionar dentro de sí mismo, y cuando ha llegado a su comprensión, o sea, cuando ha logrado tener un contacto íntimo con la subjetividad del paciente, ¿cuándo debería interpretar dichas emociones, fantasías y pensamientos? ¿Cuándo tendrá el paciente un continente para volverlos a introyectar? En otro estudio (Levy, 2012a), abordé la reiterada necesidad de crear *andamios para el pensar*, una forma de ayudar al paciente a crear una red simbólica de continencia que pueda acoger aspectos previamente evacuados sin desestructurarse para al fin poder tener intimidad con aspectos suyos intolerables. La posibilidad de espera ha sido uno de los desarrollos más valiosos del psicoanálisis contemporáneo: esperar el tiempo del paciente, hasta que él pueda pensar y acoger pensamientos previamente impensables.

Todo ese proceso de construcción de la experiencia íntima consigo mismo y de la posibilidad de tenerla con el otro es característico y sólo se puede producir en la sala de análisis. En otras situaciones de la vida, el sujeto o bien tiene experiencias íntimas y enriquece su mundo psíquico o no las tiene y permanece empobrecido. Debido a su necesariamente alta intensidad emocional, la relación analítica es la que puede utilizar la necesidad y el temor a la experiencia íntima con fines terapéuticos.

Evidentemente, mi descripción anterior de los tiempos de la intimidad sólo es posible con fines teóricos y académicos, puesto que, como veremos, en los casos clínicos, la vivencia de esa experiencia es mucho más compleja, misteriosa e inefable y una gran parte de ella sólo se puede comprender *après coup*. En el calor de la sesión analítica somos guiados por la intuición e iluminados por los conceptos que cargamos con nosotros y ambos son necesarios e imprescindibles.

Billy, la huida y la conquista de la intimidad

Estoy con Billy en la sesión de análisis, como normalmente ocurre cuatro veces por semana. De repente siento un dolor precordial inusitado de cierta intensidad. Me angustio y pienso que puedo estar sufriendo un infarto. Inmediatamente comienzo a conjeturar: “¿*Qué hago?*

¿Le digo que me estoy sintiendo mal? Pero él es un narcisista que no tiene consideración por el otro, ni por su familia o su mujer... Me tratará con desdén. Pero si no le digo nada y me muero... imagínate el trauma que le causaré... Tengo que decírselo". Mientras estoy absorto en mis pensamientos, Billy me interrumpe: "*¿Ruggero, sigues ahí? ¡Qué horror, me imaginé que te podrías haber muerto*".

Me impresiona el nivel de intimidad que habíamos compartido en aquel momento. Aunque, en un primer momento, había permanecido absorto en mi dolor y especulaciones sobre lo que debería hacer, enseguida me di cuenta, a partir de lo que él manifestó, que estábamos compartiendo la misma experiencia emocional de muerte durante la sesión. Yo había tenido una alucinación somática, una experiencia sensorial de "dolor en el corazón" y, gracias a una *rêverie* completamente inconsciente que había evolucionado a divagaciones preconscientes y conscientes, esa experiencia pudo ser compartida con mi paciente, inicialmente de forma no verbal. Me di cuenta de que nuestra vivencia de campo estaba probablemente asociada a los recientes ataques que Billy había dirigido a nuestra relación analítica, una actitud suya relativamente frecuente a pesar de aparentar ser extremadamente cordial y tener una cara angelical, lo que me llevó a preguntarme más de una vez si él no sería *Billy the Kid*, el antológico pistolero del lejano oeste americano. Interpreto su temor ante mi posible muerte como procedente de lo que él me había dicho recientemente, que mi trabajo era de segunda clase, que merecía estar atendiendo en una clínica de los suburbios, lo que, a sus ojos, podría haber causado mi "dolor en el corazón", insoportable. Billy se emociona recordando una escena de su adolescencia y se pone a llorar. Estaba sentado a la mesa con su familia y empezó a discutir con su padre, diciéndole que era un fracaso y llamándolo mediocre, por los exiguos recursos económicos con los que la familia vivía. El padre se levanta de la mesa, la golpea con fuerza, sale al balcón del apartamento, le da una patada a una silla y se pone a llorar. Observando esta escena, Billy, no satisfecho con lo que había provocado, piensa triunfalmente para sí mismo: "¡Lo he hecho polvo!". De nuevo me impacta su violencia, pero me siento un poco aliviado, pues ahora parecía enternecerse. Había recordado, lo

que, etimológicamente, significa “traer de vuelta al corazón”... Creo que, en ese momento, diferentes, separados, conservando nuestros sentidos de alteridad, estábamos compartiendo íntimamente otro sentimiento, el de la tristeza que se apoderó de Billy cuando se dio cuenta de su violencia contra su padre. Creo que esta situación ilustra en qué grado nuestras subjetividades se constituían una a la otra. Mi vivencia en la sesión se había constituido por nuestro encuentro, al igual que la vivencia de Billy, generando una fantasía de campo altamente compleja.

Probablemente había sentido “en el corazón”, en una vivencia inicialmente somática, la furia de sus ataques parricidas, que probablemente estaban débilmente simbolizados y por eso se presentificaban por medio de la transformación en alucinosis (Bion, 1965). En retrospectiva, creo que la experiencia de la muerte y desamparo que sentí en la sesión era la expresión de vivencias emocionales no simbolizadas aún más primitivas de Billy. En *Del simbolizar al no simbolizar en el ámbito de un vínculo* (Levy, 2012b), examiné la presentificación en el campo analítico de esas experiencias emocionales no simbolizadas o incluso desimbolizadas. Es interesante pensar en qué medida la construcción de la intimidad del paciente con sus dolores depende de nuestra capacidad de tolerar esos dolores, de ofrecerles acogida, darles una forma simbólica, para que así el paciente pueda sentirlos por medio de nuestra devolución en una forma que él pueda tolerarlos. Y también reflexionar sobre el grado de intimidad que hay en todo eso.

Asimismo, mi “dolor en el corazón” y el sentimiento de desamparo probablemente entraban en resonancia con mis vivencias con mi propio padre, pues años más tarde me di cuenta de que, en aquella época, mi padre se había sometido o estaba a punto de someterse a una cirugía cardíaca. Ithier (2016) hace una contribución importante en este campo al describir cómo, en el encuentro analítico, las afinidades de experiencias traumáticas primitivas, no simbolizadas, del paciente y analista permiten que surjan, en una experiencia alucinatoria, imágenes en la mente del analista –y también sensaciones somáticas–, que contienen la emoción de aquella experiencia. Si ampliáramos el concepto de traumático para aplicarlo a cualquier experiencia, no sólo

las primitivas, sería posible incluir experiencias más recientes, a las que les falte también una mejor simbolización.

Al principio, Billy y yo compartimos un sentimiento de preocupación por mi vida y, enseguida, siguiendo su flujo asociativo, compartimos su tristeza. Yo creo que tuvimos experiencias verdaderamente íntimas. Aunque él estaba evacuando en mí algunas emociones, fuimos capaces de contener y transformar las emociones que estábamos compartiendo.

Durante esa sesión, ambos evolucionamos hacia experiencias de intimidad, pero no siempre eso ocurría de esa forma. Predominaba en él un funcionamiento narcisista y, en consecuencia, me utilizaba a mí y a sus objetos más íntimos para evacuar sus sentimientos de desamparo, inferioridad y castración. Yo podía tener contacto íntimo con su vivencia de pequeñez y a menudo me sentí pequeño e impotente como analista. Mi contratransferencia casi crónica con él era de desconfianza, pues sentía con frecuencia que, en función de sus angustias, intentaba manipularme, como lo ilustran los siguientes sueños. “Soñé que estaba en una fiesta y pasaba por un grupo de personas que estaban hablando de mí. Me acerqué con curiosidad para escuchar lo que estaban diciendo. Decían que yo no era fiable, que era como el Mar Caribe, en el que los barcos navegan con una aparente tranquilidad, pero que de repente chocan con un arrecife y naufragan. Pensé: ‘tengo que decírselo a Ruggero’ y me iba corriendo hacia tu casa. Vivías en la cima de un monte. Yo subía el monte corriendo, pero empezaba a perder fuerzas; me arrastraba por el suelo, pero no podía llegar a tu casa”. En un sueño diferente, él estaba desnudo y yo lo perseguía por el consultorio tratando de ponerle pintalabios. Para defenderse, se tiraba boca abajo en el diván. ¡Boca abajo! Yo me acercaba a él y lo daba vuelta; de su falo chorreaba una sustancia que parecía una mezcla de semen y sangre. Pienso que esos sueños ilustran cómo él deseaba acercarse a mí y tener una relación de entrega hacia mí y también cómo se defendía de experiencias íntimas conmigo, pues las vivía con gran temor, a modo de una entrega homosexual, fantasías muy temidas por él.

Mónica, el horror a la intimidad

Mónica y yo vivíamos intensos afectos en el campo analítico, brutos, que se externalizaban y eran evacuados, a la espera de alguna simbolización que pudiera insertarse en la cadena simbólica (Levy, 2012b).

La turbulencia emocional provocada por nuestro encuentro se manifestaba constantemente en Mónica. Una parte neurótica de su personalidad simbolizaba las experiencias emocionales que desbordaban el campo analítico y otra parte destruía ese conocimiento porque se refería a situaciones impensables. Ilustraré con dos sueños. “Me veía a mí misma pequeña, agachada y jugando en la calle. Parecía que llevaba pañales. Estaba al lado de un muro que no parecía estar completamente cerrado. Era ese tipo de muro que tiene agujeros entre los ladrillos. Por los orificios pasaban reflejos de luz y yo veía que había una iglesia al otro lado del muro que parecía ser muy linda. Me acercaba al muro, deslumbrada, para ver la iglesia a través de los agujeros. De repente, algo parecido a una nube estaba viniendo hacia el muro. Era la imagen de una bruja que cruzaba por entre los orificios del muro. Yo, aterrorizada, me desperté”. Entre otras cosas, simbolizaba así su conflicto estético vivido en su relación conmigo: al percibirme como un objeto que despertaba su curiosidad y que le parecía bello (Meltzer, 1988) —en el sentido de despertar emociones intensas—, ella se horrorizaba, como si yo fuera un objeto invasivo, incontrolable y turbador. Nuestra intimidad le resultaba absolutamente aterradora. Se defendía de ella como podía: faltaba a las sesiones, permanecía en silencio durante buena parte del tiempo que pasaba conmigo y “desmontaba” lo que yo le ofrecía en términos de entendimiento, como se plasma en el siguiente sueño: “Me habían regalado una bicicleta. Pero en lugar de montarme en ella, la desmonté. Luego traté de volver a montarme en ella, pero no lo lograba”. Comprendimos que se refería a su propia actividad mental, muy activa y presente, pero que, en lugar de utilizar lo que yo le había dicho para seguir adelante, ella lo desmontaba en piezas pequeñas que ya no le servían para avanzar (andar)/pensar. Como diría Bion (1959), “aquello-que-enlaza” había sufrido un ataque y sólo restaban pedazos desmantelados desprovistos

de significado. Mónica procedía así no en virtud de una destructividad especial, sino por el horror que vivía al acercarse a mí como objeto estético (Meltzer, 1988) y, al sentir su mundo interior provocado por la interpretación, no toleraba la intimidad entre nosotros ni con ella misma.

El horror al acercamiento fue adquiriendo gradualmente otra forma. Por su actitud en el diván, en el que permanecía de brazos y piernas siempre cruzados, por su tensión, su rechazo y por sorprenderme, en mi contratransferencia, a veces, durante sus sesiones, con extrañas fantasías eróticas, completamente ajenas a mí e incongruentes con el clima de la sesión, comencé a imaginar que esas fantasías que me habitaban allí, en mi consulta, podrían pertenecer a la subjetividad de Mónica y que podrían indicar que ella podría haber sido víctima de algún tipo de abuso, experiencias traumáticas que esperaban una mejor simbolización. De nuevo, la vivencia subjetiva de Mónica probablemente constituía mi propia experiencia subjetiva, mientras que mi presencia constituía su experiencia subjetiva durante la sesión, como se pondrá en evidencia a continuación. Aunque ella no tuviera ningún registro consciente de una experiencia de abuso sexual, este tema estaba presente con frecuencia en el campo analítico, ya fuera a través de mis fantasías, de los sueños de Mónica, o de ambos.

Estuve de viaje una semana. A la vuelta, Mónica comenzó la sesión diciendo que estaba enfadada. Peleaba conmigo y quería que yo le correspondiera. Le dije que el acercamiento hacia mí le estaba resultando a ella muy difícil, que prefería pelearse conmigo y que yo le correspondiera para poder irse inmediatamente, lo que la aliviaría de la tensión de acercarse a mí y a ella misma, a aquello que le estaba pasando interiormente. Creo que mi ausencia y *mi presencia* le provocaban rabia y deseo de pelear conmigo, porque durante mi ausencia había percibido su dependencia hacia mí, al igual que el temor a sufrir algún tipo de abuso o intrusión en mi presencia. Esto queda ilustrado en el sueño descrito a continuación.

Cambia el tono de voz, que se hace más cálido y cercano.

“Estaba hablando con María, la psiquiatra (una colega que la había tratado anteriormente) en su consulta. Ella parecía ocupada con

otras cosas y no me estaba prestando atención. Yo estaba desesperada porque tampoco recordaba por qué estaba allí ni lo que me había llevado a ese tratamiento. El ambiente era muy depresivo y oscuro. Luego yo pasaba a otra sala y entraba un médico que podrías ser tú porque era medio calvo. Yo estaba acostada en una mesa y él estaba junto a mí mirándome. Parecía que iba a abusar de mí. Le dije que no podía hacerlo, que yo me iba a morir y que tenía dos hijos que quedarían desamparados. Estaba desesperada”. Mónica se emociona y se pone a llorar al contarme este sueño. “Entonces parecía que él se moría, se caía encima de mí y yo no podía quitármelo de encima porque era muy pesado”.

Ella me dice que no asocia nada. Me viene a la mente la imagen de una niña con un adulto encima de ella y del que ella no tiene fuerzas para librarse. Le recuerdo mi ausencia esa última semana. Le pregunto si no se le ha ocurrido que los sueños pueden estar relacionados con mi ausencia de la semana anterior. Dice que no lo sabe. “*¿Cómo podrían estar conectados?*”. Yo sugiero que quizás el sueño tradujera la sensación de que no la había escuchado la semana anterior, puesto que estaba ocupado con otras cosas, y no le había prestado atención. También, parecería que hubiera podido admitir mi ausencia si yo fuera una mujer, María, pero que cuando ella se imaginaba cerca de mí, como hombre, parecía que volvía el temor y la desesperación por la posibilidad de que yo abusara de ella. Y ella me mostraba el clima depresivo y oscuro que esos sentimientos generaban dentro de ella. Mónica llora y dice: “*¿Hasta cuándo van a repetirse estos sueños que no agregan nada?!*”

R: Sí que agregan... Se me ocurrieron dos ideas sobre el hombre que cayó encima de ti...

M: ¿Se caía? Ni siquiera me acuerdo de lo que te he contado.

R: Es tan abrumador que lo olvidas.

Le recordé lo que ocurría en su sueño.

M: Sí, eso es, bueno la imagen de él cayéndose no está muy clara, pero eso es lo que pasaba.

R: La imagen que me vino a la mente fue la de una niña con un adulto muy pesado encima de ella... Esta es la forma en la que me muestras el peso que esos sentimientos tienen sobre ti...

M: Analizar esto no servirá para nada, sólo me hace sufrir más.

Ella estaba casi gritando y al mismo tiempo enojada y desesperada.

Le digo que se desespera porque le parece que estar cerca de mí y de las personas sólo la hará sufrir. Es por esa razón que se aparta y quiere alejar a todos de ella.

M: Alejo a todos de mí.

Se queda pensativa, en silencio.

Creo que estos fragmentos de la sesión ilustran cómo el tema de la intimidad atraviesa el análisis de Mónica y entiendo que esto pasa en todos los análisis. La situación de acercamiento con respecto a mí, como su analista, recreaba una situación traumática en función de la cual la intimidad analítica era vivida con horror. Sus fantasías y sentimientos o eran reprimidos violentamente o eran proyectados; o se destruían sus símbolos o se atacaba su aparato intelectual. Yo compartía muchas de esas emociones, las vivía en la sesión. Pero, al mismo tiempo, a pesar de sus ausencias y peleas conmigo, ella ansiaba la temida proximidad, pues necesitaba un objeto apaciguador, fiable, continente y transformador de toda esa gama de emociones turbulentas e intolerables.

Continuó progresando y produjo el siguiente sueño.

“Soñé que me había quedado dormida durante la sesión y que tú te quedabas ahí atrás pacientemente sentado, esperando a que me despertara. Fue muy curioso porque, cuando me desperté, me sentí muy bien, me parecía que habías estado protegiéndome”.

Me sentí profundamente emocionado, conmovido y experimenté un sentimiento de felicidad intensa. ¡Ella estaba finalmente “despertándose” del “sueño” que le impedía “verme” como alguien que la cuidaba! Al fin podíamos tener una nueva experiencia de intimidad y ella podía verme, tras siete años de psicoanálisis, como un objeto bueno, cuidador, que no atacaba su percepción, sus pensamientos o su aparato de pensar. Volviendo al conflicto estético de Meltzer, ella

podía verme ahora, no como la *Belle damme sans merci*, sino como un objeto respetuoso y cuidador. “Ella había dormido a mi lado”, íntimamente, un sueño apacible y reparador. Podíamos estar cerca y en una relación de intimidad sin tanta angustia de violencia e intrusión.

Comentarios finales

Creo que las notas que transcribo a continuación y que registré ni bien acabé una sesión con otra paciente, hace unos años, ilustran las emociones que compartimos con nuestros pacientes en los momentos de intimidad del análisis. Estos momentos no son tan comunes en el tratamiento analítico, pero brindan un enorme placer cuando los alcanzamos, quizás porque nos hacen sentir una vez más, al llegar tan cerca de otro ser humano, el placer de la paradoja de “estar en uno con, pero separado” (Winnicott, 1958).

“Acabé la sesión con lágrimas de emoción en mis ojos, pues habíamos llegado a experiencias emocionales intensas analizando su relación con su hermana. ¿Es la verdad bella, como dice Meltzer, inspirado en los poetas ingleses? Siempre traía una imagen de su hermana como una persona arrogante, esnob y presumida. Pero ahora se revelaba una visión diferente de ella: una persona sufrida, marcada por el abandono temprano de sus padres, ya que la enviaron para que la criara otra familia durante muchos años. Ambos, tanto mi paciente como yo, veíamos emocionados la nueva visión de su hermana que creativamente había surgido a través de un sueño que ella me contó y de nuestro trabajo en la sesión. Compartíamos la emoción de crear una nueva y bella imagen de la hermana. Bella porque nos parecía más verdadera que la anterior. Estábamos encantados no sólo por la nueva imagen que habíamos construido de su hermana, sino también por la belleza del trabajo analítico, capaz de tanta fertilidad”.

Esta posibilidad de vivir la emoción con el paciente es lo que nos permite tener acceso a su intimidad y a la nuestra, de una forma encarnada, con cuerpo y mente integrados en una unidad indisociable,

y lo que permite que aflore una vivencia de verdad y belleza, fuera de los parámetros exclusivamente racionales, constituyendo así una verdadera experiencia estética. Sin embargo, debido a la intensidad de la experiencia emocional y a la necesaria anulación de nuestra identidad en algún punto de este proceso, con todo el trabajo psíquico que nos exige, con frecuencia nos defendemos de esta experiencia y conducimos el proceso analítico, desafortunadamente, en una forma poco inspirada que se acerca más al pensar que al sentir. Bion (1965) diría que estamos trabajando más en la perspectiva de *conocer sobre* que en la de *devenir*, resultando de ello un trabajo menos rico y bello de lo que podría ser. Pero, afortunadamente, muchas veces eso no ocurre, cuando toleramos la experiencia de la intimidad emocional.

Referencias bibliográficas

- Aisenstein, M. (2004): O doloroso enigma, enigma da dor. *Revista de Psicanálise da SPPA*, v. 11, n. 1, p. 35-49, abril 2004.
- Aisenstein, M. (2009): “Les exigences de la représentation”. Rapport du XXX Congrès de langue française.
- Andreu, P. (2016): L’espace, poétiques et perspectives. Conferência no 76º Congresso de Psicanalistas de Língua Francesa, em Bruxelas, maio de 2016.
- Baranger, W. e M. (1969a): El “insight” en la situación analítica. En: *Problemas del campo psicoanalítico*. Buenos Aires: Kargieman, 1969.
- Baranger, W. e M. (1969b): La situación analítica como campo dinámico. En: *Problemas del campo psicoanalítico*. Buenos Aires: Kargieman, 1969.
- Bauman, Z. (1997): *O mal-estar na pós-modernidade*. Jorge Zahar, Rio de Janeiro, 1998, vol. XII, n. 1, abril/2005.
- Bauman, Z. (2000): *Modernidade líquida*. Rio de Janeiro: Zahar, 2001.
- Bion, W. (1959): Ataques ao elo de ligação. En: *Estudos psicanalíticos revisados*. Rio de Janeiro: Imago, 1988.
- Bion, W. (1962): *Aprendiendo de la experiencia*. México: Paidós, 1991.
- Bion, W. (1963): *Elementos de psicoanálisis*. Buenos Aires: Hormé, 1988.
- Bion, W. (1965): *Transformações. Do aprendizado ao crescimento*. Tradução de Paulo Cesar Sandler. 2ª edição. Rio de Janeiro: Imago, 2004.
- Bion, W. (1970): *Attention and Interpretation*. London: Karnac, 1993.

- Bion, W. (1976): Evidência. *Revista de Psicanálise da SPPA*, vol. VII, n. 2, setembro, 2000.
- Bion, W. (1978/1980): *Conversando com Bion – Quatro discussões com W.R. Bion – Bion em Nova Iorque e em São Paulo*. Rio de Janeiro: Imago, 1992.
- Bion, W. (1997): *Taming wild thoughts*. London: Karnac.
- Bolognini, S. (2005): As feridas de Vilma. *Rev. de Psicanálise da SPPA*, v. 12, n. 3, p. 515-526, dezembro de 2005.
- Bolognini, S. (2008): *A empatia psicanalítica*. São Paulo: Companhia de Freud.
- Bolognini, S. (2015): Vínculos e intimidad. *Revista Peruana de Psicoanálisis*, 16, 11-20, 2015.
- Bolognini, S. (2016): *The Humanizing Function of Contemporary Psychoanalytical Empathy*. Sigmund Freud Museum Lecture, delivered by Stefano Bolognini. May 21, 2016 at the Billrothaus, Vienna.
<https://youtu.be/rjzpA8QZrWk>.
- Botella, C. e Botella, S. (2002): *Irrepresentável: Mais além da representação*. Porto Alegre: Sociedade de Psicologia do Rio Grande do Sul, Criação Humana.
- Cassorla, M.S.R. (2010): *Função-alfa implícita do analista, trauma e enactment na análise de pacientes borderlines*. LAP (2010), XXIV, 61-78.
- Cassorla, M.S.R. (2014): Em busca da simbolização: sonhando objetos bizarros e objetos iniciais. *Rev. Brasileira de Psicanálise*, v. 48, n. 1., p. 141-153.
- Civitarese, G. (2014): *I sensi e l'inconscio*. Borla.
- Civitarese, G. (2015): O inconsciente inacessível e a rêverie como um caminho para a figurabilidade. Conferência apresentada na SPPA em setembro de 2015.
- Eizirik, C. (2016): Intimità, ciclo vitale e relazione analitica. *Rivista di Psicoanalisi*, 2016, LXII, 2.
- Ferro, A. (1995): *A técnica na psicanálise infantil: a criança e o analista da relação ao campo emocional*. Rio de Janeiro: Imago, 1997.
- Ferro, A. (1998): *Na sala de análise – emoções, relatos, transformações*. Rio de Janeiro: Imago.
- Ferro, A. (2011): *Viver as emoções, evitar as emoções*. Porto Alegre: Artmed.
- Freud, S. (1905): Fragmentos da análise de um caso de histeria. En: *Edição standard brasileira das obras psicológicas completas de Sigmund Freud*, v. 7. Rio de Janeiro: Imago, 1969.
- Freud, S. (1912): A dinâmica da Transferência. En: *Edição standard brasileira das obras psicológicas completas de Sigmund Freud*, v. 12. Rio de Janeiro: Imago, 1969.
- Freud, S. (1917): Luto e melancolia. En: *Edição standard brasileira das obras psicológicas completas de Sigmund Freud*, v. 14. Rio de Janeiro: Imago, 1969.
- Freud, S. (1923): O ego e o id. En: *Edição standard brasileira das obras psicológicas completas de Sigmund Freud*, v. 18. Rio de Janeiro: Imago, 1969.

- Green, A. (1972): O analista, a simbolização e a ausência no contexto analítico. En: *Sobre a loucura pessoal*. Rio de Janeiro: Imago, 1988, p. 36-65.
- Green, A. (1990): Teoria das representações (coisas e palavras). En: *Conferências brasileiras de psicanálise de André G. metapsicologia dos limites*. Rio de Janeiro: Imago, p. 33-62.
- Grotstein, J. S. (2005a): “Transidentificação projetiva”: uma extensão do conceito de identificação projetiva. En: *Um facho de intensa escuridão: o legado de Wilfred Bion à psicanálise/James Grotstein*. Tradução: Maria Cristina Monteiro. Porto Alegre: Artmed, 2010.
- Grotstein, J. S. (2005b): Epílogo. En: *Um facho de intensa escuridão: o legado de Wilfred Bion à psicanálise/James Grotstein*. Tradução: Maria Cristina Monteiro. Porto Alegre: Artmed, 2010.
- Hartke, R. (2007): Repetir, simbolizar e recordar. Trabalho apresentado no painel “¿El psicoanálisis cura aun mediante la rememoración?” ocorrido no 45º Congresso da International Psychoanalytical Association, em 25/07/2007, Berlin, Alemanha.
- Heimann, P. (1949): On countertransference. Paper presented at the 16th International Psychoanalytical Congress, Zurich, Switzerland.
- Ithier, B. e Levy, R. (2013): La fonction paternelle dans la scène primitive interprétative. *Revue Française de Psychanalyse*, N., V., pp. 1571-60. PUF, Paris, 2013.
- Ithier, B. (2016): Contemporary Conversations. The arms of the chimeras. *Int. J. Psychoanalysis* (2016) 97: 451-478.
- Kant, I. (1787): *Crítica da razão pura*. São Paulo: Nova Cultural, 1999.
- Korbivcher F. C. (2001): A teoria das transformações e os estados autísticos: transformações autísticas: uma proposta. *Rev. Bras. Psicanál.*, v. 35, n. 4, pp. 935-58.
- Kundera, M. (1995): *La lentitud*. Buenos Aires: Tusquets, 2006.
- Klein, M. (1946): Notas sobre alguns mecanismos esquizóides. En: *Os Progressos da Psicanálise*. São Paulo: Zahar, 1978.
- Klein, M. (1952): As origens da transferência. En: *Inveja e Gratidão e outros trabalhos*. Rio de Janeiro: Imago, 1985.
- Levine, H. (2012): Criando analistas, criando pacientes de análise. *Livro Anual de Psicanálise*, XXVI, p. 207-224.
- Levine, H. (2016): A situação epistemológica fundamental – A realidade psíquica e as limitações da teoria clássica. Conferência apresentada na Sociedade Brasileira de Psicanálise do Rio de Janeiro, 2016.
- Levy, R. (2001): Do símbolo à simbolização: uma revisão da evolução teórica e suas repercussões sobre a técnica psicanalítica. Porto Alegre: Sociedade Psicanalítica de Porto Alegre. Monografia.

- Levy, R. (2002): Acerca da verdade, do desejo e da virtualidade – As relações com objetos virtuais. *Rev. Bras. de Psicanálise*, v. 36, n. 1, pp. 51-65.
- Levy, R. (2009a): Desejo e prazer: a construção do sujeito pós-moderno – Elogio ao pudor em defesa de certo mistério. Apresentado na Jornada do Cinquentenário da SPRS, junho de 2009 e publicado na Revista Online de APdeBA. www.controversiasonline.apdeba.org
- Levy, R. (2011): Inconsciente ou inconscientes? *Rev. Bras. de Psicanálise*, v. 45, n. 2, p. 73-84.
- Levy, R. (2012a): Dando “pensabilidade” ao impensável: criando “andaimes” ao pensar em adolescentes com transtornos severos. *Rev. Bras. de Psicanálise*, v. 46, n. 3, p. 78-89.
- Levy, R. (2012b): From symbolizing to non-symbolizing within the scope of a link: from dreams to shouts of terror caused by an absent presence. *International Journal of Psychoanalysis* (2012) 93:837-862.
- Levy, R. et alli (2013): Símbolo e/ou Representação: Um mapeamento metapsicológico. *Revista de Psicanálise da SPPA*, v. 20, n. 3, p. 653-677.
- Levy, R. (2014): De l’ombre de l’objet a l’objet esthetic. *Cahiers de Psychanalyse*.
- Levy, R. (2015): Adolescenza: la riqualificazione simbolica, lo sguardo e l’equilibrio narcisistico, publicado no livro *La adolescenza e il corpo*.
- Levy, R. (2015b): Insight e elaboração. En: *Psicoterapia de orientação analítica: fundamentos teóricos e clínicos*. Organizadores Claudio Laks Eizirik, Rogério Wolf de Aguiar, Sidnei Schestatsky. 3 ed. Porto Alegre: Artmed, 2015.
- Meltzer, D. (1971): Sincerity: a study in the atmosphere of the human relations. En: *Sincerity and other works: Collected papers of Donald Meltzer*. Edited by Alberto Hahn. London: Karnac, 1994.
- Meltzer, D. (1973): *Os Estados Sexuais da Mente*. Rio de Janeiro: Imago, 1979.
- Meltzer, D. et alli (1986): *Metapsicologia Ampliada - aplicações clínicas dos conceitos de Bion*. Buenos Aires: Spatia, 1990.
- Meltzer, D. (1988): *A apreensão do belo*. Rio de Janeiro: Imago, 1995.
- Meltzer, D. (1992): *The Claustrium. An investigation of Claustrophobic Phenomena*. Perthshire: The Clunie.
- Morin, E. (1996a): Epistemologia da Complexidade. En: *Novos paradigmas, cultura e subjetividade*. Org. Dora Fried Schnitman. Porto Alegre: Artmed, 1996.
- Minerbo, M. (1993): Intimidade e formas de intimidade. *Rev. Bras. de Psicanálise*, vol. XXVII, n. 2, pp. 223-48, 1993.
- Paquet, M. (1992): *René Magritte – La pensée visible*. Slovakia: Taschen, 2015.
- Prigogine, I. (1996b): O fim da ciência? En: *Novos paradigmas, cultura e subjetividade*. Org. Dora Fried Schnitman. Porto Alegre: Artmed, 1996.
- Ogden, T. O. (1994): *Os Sujeitos da psicanálise*. São Paulo: Casa do Psicólogo, 2003.

- Ogden, T. O. (2005): *Esta arte da psicanálise – Sonhando sonhos não sonhados e gritos interrompidos*. Porto Alegre: Artmed, 2010.
- Ogden, T. O. (2005): On Freud's "Mourning and Melancholia". En: *New readings of the origins of object relations theory*. Ed. by Leticia G. de Fiorini, Sergio Lewkowicz, Thierry Bokanowsky. IPA Collection.
- Ogden, T. H. (2012): *Sobre três formas de pensar: o pensamento mágico, o pensamento onírico e o pensamento transformativo*. RBP, v. 46, 193-214, 2012.
- Petot, J. M. (1991): *Melanie Klein I e II*. São Paulo: Perspectiva, 1991.
- Racker, H. (1960): *Estudios sobre técnica psicoanalítica*. Buenos Aires: Paidós.
- Rocha Barros, E. M. (2002): An essay on dreaming psychical working out and working trough. *The International Journal of Psychoanalysis*, (2002) 83, 1083.
- Rocha Barros, E. M. e Rocha Barros, E. L. (2008): "Reflexões sobre as implicações clínicas do conceito de simbolismo na vida onírica e sua relação com a perlaboração". Apresentado no Encontro sobre Meltzer promovido pela SBPSP, agosto de 2008.
- Rocha Barros, E. M. e Rocha Barros, E. L. (2012): Reflexões críticas sobre os processos intersubjetivos: contratransferência, rêverie e o processo de simbolização. *Rev. Bras. Psicanálise*, v. 46, n. 1. pp. 135-48.
- Rosenfeld, H. (1987): *Impasse e Interpretação*. Rio de Janeiro. Imago, 1988.
- Roussillon, R. (2013): Las simbolizaciones primarias y secundarias. *Revista de psicoanálisis de APM*, n. 69, 2013.
- Ruggiero, I. (2007): Autodestrutividade na adolescência: entre a repetição e a elaboração. *Rev. da Sociedade Psicanalítica de Porto Alegre*, vol. XIV, n. 2, p. 245.
- Ungar, V. (2000): Transferência e modelo estético. *Psicanálise*, Revista da SBPde PA, v. 2, n. 1, 2000.
- Winnicott, D. W.: Objetos transicionais e fenômenos transicionais. En: *O Brincar e a Realidade*. Rio de Janeiro: Imago, 1975.
- Winnicott, D. W. (1958): La capacidad para estar a solas. En: *Los procesos de maduración en el niño*. Madrid: Laia, 1975.
- Winnicott, D. W. (1960): Distorção do ego em termos de verdadeiro e falso *self*. En: *O ambiente e os processos de maturação*. Porto Alegre: Artes Médicas, 1982.
- Winnicott, D. W. (1965): *La familia y el desarrollo del individuo*. Buenos Aires: Hormé, 1967.
- Winnicott, D. W. (1967): O papel da mãe e da família no desenvolvimento emocional infantil. En: *O Brincar e a Realidade*. Rio de Janeiro: Imago, 1975.

